

do se había convertido en centro y cabeza de los conspiradores; de quien acababa de apartar a Alvarez de las instrucciones y órdenes del cuartel general, y hacía finalmente impracticable el sistema defensivo ideado por el mismo Santa-Anna, aprobado entonces por todos sus compañeros de armas, y que aún se cree que habría podido salvar a la capital; sin que, por otra parte, se deba sospechar que Valencia, al desobedecer al General Presidente a impulsos de su inspiración y de su conciencia militar, cediera al espíritu hasta cierto punto natural y explicable entre émulos y enemigos, de crearle dificultades y de sacrificarle en aras de su propia ambición y de la gloria que él mismo aspiraba y que se sentía capaz de alcanzar. Desgracia nuestra fué, sí, que en ocasión tan crítica dos hombres de buenas dotes militares, de carácter igualmente fuerte y altivo y ambiciosos, entrambos y tan capaces para mandar cuanto incapaces de obedecer; pudiendo tal vez haber salvado cada uno de ellos por sí solo la situación, se hallaran mutuamente empeñados en una labor misma, a que precisamente había de faltar la unidad de idea y de acción, resultando de la disgregación y el choque de sus elementos respectivos la catástrofe que hemos presenciado y cuyos efectos deplorables aún no se agotan." ¹

* * *

Tan pronto como Santa-Anna tuvo noticia del desastre de Padierna, comprendió que era indispensable atenerse en la parte Sur de la ciudad a la segunda línea de defensa, toda vez que el punto fortificado de San Antonio podía ser batido perfectamente por la retaguardia. Recomendó, pues, al General Bravo y al General Gaona, que se replegasen a la garita de la Candelaria; y a Rincón y a Anaya, que a todo trance defendieran Churubusco, puesto que esa defensa iba a servir para cubrir la retirada de las fuerzas que se replegaban de San

¹ Roa Bárcena. Op. cit. Vol. II, pp. 594-5.

Antonio, de San Angel y aun del mismo Churubusco, para venir a reforzar las garitas.

Dos hechos de armas verificáronse entonces: uno en el puente de Churubusco y la hacienda de Portales y otro en Churubusco mismo, en el convento, que todavía hoy se levanta cual monumento digno de aquellos valientes, que demostraron a sus hermanos de Veracruz, que también sabían ser heroicos en grado sumo; y que si no fueron a ayudarlos en la defensa del puerto, por oponerse a la satisfacción de combinaciones políticas interesadas, estaban listos a sacrificar sus vidas como muchos otros las sacrificaron en defensa del país. Porque es necesario decir que los denodados defensores del convento de Churubusco eran nada menos que los polkos que días antes se habían rebelado contra el gobierno de Gómez Farías; y que si el General Anaya había sido jefe de aquellos rebeldes, por ser él quien tenía a su cargo los cuerpos de guardia nacional, había de realizar después proezas dignas de todo encomio; y que si García Torres había ayudado a decidir a los vacilantes a *pronunciarse* en contra de Gómez Farías, había de obrar en calidad de oficial de órdenes, con tanto valor como eficacia, al efectuarse la defensa del convento.

Los americanos habían acertado a darse cuenta de las fuerzas que se retiraban, y con denuedo las atacan en el puente primero, y en Portales más tarde; y aunque se traba recio combate, en el que toma activa parte Santa-Anna mismo, las condiciones en que se encontraba el puente, obstruído por los carros que no habían podido moverse fácilmente, permite que los invasores se apoderen de parque y materiales de guerra.

Puedo presentar una noticia inédita hasta hoy acerca de este suceso, y que es precisamente el informe rendido por el General D. Francisco Pérez, que tomó parte tan directa en aquel hecho de armas, en la causa instruída al General Valencia:

Dice ese informe en la parte relativa:

“... Ya en la calzada que va para dicha garita (del Niño Perdido) recibí orden, dice el General Pérez, para dirigirme al Convento de Churubusco y así lo verifiqué presentándome en aquel lugar al E. S. Gral. D. Manuel Rincón quien me previno que formase la brigada en el punto que considerase más capaz lejos un poco de la fortificación para que no se estorbare a los trabajadores y cuando apenas había formado los Nacionales de Tulancingo y parte del 11mo. pues venía la izquierda en cabeza recibí orden para dirigirme al Puente de Churubusco y antes de llegar a este punto recibí otra orden de marchar directamente a Meg.º, hasta la garita de San Antonio Abad. En la Hacienda de los Portales se me dió orden que hiciese alto y formase en batalla y a muy poco de practicado esto se me previno que marchase por el flanco derecho y me dirijiese acia el puente de Churubusco: ya cerca de este lugar encontré al E. S. Señor Presidente quien dispuso que en el acto el 1ro. lig.º se entrase a la fortificación del Puente, el 3ro. y 4.º se situasen a la izquierda por toda la zanja y que el 11mo. y Tulancingo se quedasen en la calzada, ordenándome me fuese con los batallones ya situados en el puente. Al llegar encontré allí mandando a S. E. el Gral. Don Nicolás Bravo y me puse a su disposición. Mientras esto se practicaba, el enemigo batía ya al Convento de Churubusco y a muy poco ejecutó lo mismo con el Puente y fué rechazado de allí cuantas veces intentó que sus columnas lo tomasen. Como los soldados no contaban allí con más parque que las cuatro paradas que tenían en la cartuchera, cuando se les iba acabando comenzaron a manifestarlo y tanto el General Bravo como yo mandamos a nuestros ayudantes para que proveyesen aquel punto de él y todos bolvían diciendo que no había pues se había adelantado hasta Megico, por lo que mandamos cesara el fuego y que los soldados no tirasen sino a objetos determinados. En la primera vez que cesó el ruido oímos fuego a retaguardia y advertimos que el enemigo había cortado a la izquierda entre Coyoacán y el Convento de Churubusco dirigiéndose acia la

Hacienda de los Portales y que S. E. el General Presidente lo estaba batiendo con el 11mo. y Tulancingo que se habían quedado en la calzada y con el 4o. lig.º que lo había mandado retirar del costado izquierdo del Puente que estaba cubriendo, mientras esto sucedía el enemigo que había venido por el camino de San Antonio intentaba forzar el Puente y rechazado cuantas veces lo proyectó se mandaba cesar el fuego para la conservación del poco parque que había quedado. Seguramente observando S. E. el General Bravo que la tropa que defendía la calzada haciendo fuego se dirigía acia Meg.º me mandó decir con el Señor Coronel D. Francisco Bargas que me retirase del Puente y tomase el camino de Megicalcingo pues que la tropa se hallaba exhausta de parque y dentro de poco la calzada ocupada por el enemigo y por consiguiente sin retirada después; esto no obstante quise estar cierto de esta disposición y yo mismo fuí a ver a S. E. el General Bravo y la oí de su boca manifestando además que en Megicalcingo había dejado parque y que si posible era allí nos defenderíamos y si no nos dirigiríamos al Peñón y de allí a Méjico. En el instante le previne al Señor Teniente Coronel Don Miguel Echeagaray que cubría la izquierda del Puente fuera de la fortificación y estaba situado en el borde de acá del río que organizase su cuerpo en batalla porque nos íbamos a retirar para Megicalcingo y que así protejiese la retirada del 1ro. lig.º al salir del Puente y después siguiese el movimiento de este cuerpo, así se verificó y en buen orden llegamos a Megicalcingo en donde no encontramos parque por haber sido remitido a Meg.º, por lo que seguimos nuestra marcha para el Peñón llegando a las seis de la tarde. 14

Respecto del convento, de que se hizo cargo el General Rincón el día 18, quedó defendido por los batallones nacionales de Independencia y Bravos. Los batallones Hidalgo y Victo-

1 MS. de la Biblioteca Nacional ya citado.

ria habían sido enviados a San Antonio primero y después a las garitas de San Antonio Abad y de San Cosme.

El General Rincón se consagró a activar las fortificaciones de acuerdo con el Capitán D. Francisco Palafox, porque la parte Poniente y el Sur estaban descubiertas.

Toda la artillería con que contaba Rincón era una pieza de a cuatro con su dotación respectiva; pero después recibió seis más, que puso en batería sobre el camino de Coyoacán, en las troneras del centro y en el reducto que daba vista a San Antonio.

Ya antes de que el combate principiara en Churubusco el batallón Independencia había luchado denodadamente a las órdenes de su jefe el primer ayudante D. Francisco Peñúñuri, al retirarse de Coyoacán para ir a defender aquel punto, y algunos de los miembros de aquel batallón habían caído en brazos de la muerte.

El enemigo cargó por todas partes, engreído tal vez por su reciente triunfo en Padierna, y suponiendo fácil apoderarse de aquel sitio, defendido sólo por un puñado de milicianos y por algunos voluntarios de San Patricio, de nacionalidad irlandesa; pero vió con asombro que uno tras otro sus ataques eran rechazados.

Al ser tomado el reducto del puente sobre el camino de San Antonio, pudo atacar la posición defendida por Rincón, por la parte Sur; pero en cambio éste había recibido algún refuerzo pedido y cooperó valerosamente a defender la parte que al Poniente se hallaba descubierta.

Cuando el combate era más intenso, en el momento de disparar una pieza, se incendió algún parque, abrasando a varios artilleros y al General Anaya, que personalmente estaba dirigiendo la puntería. Sin embargo, lejos de abandonar el campo, continuó durante la batalla, lo mismo que el General Rincón, presentándose en los lugares de mayor peligro, ya para dictar disposiciones, ya para alentar a sus soldados.

“.... A todos cuantos bajo mis órdenes se batieron en Chu-



P. M. Anaya

rubusco, dice en su parte el General Rincón, los creo muy dignos de la consideración del Supremo Gobierno, por su brillante comportamiento, causa por la que no me atrevo a hacer recomendación alguna, pues la gloria adquirida es toda de ellos, y toda por ellos, y al hablar particularmente de alguno, tal vez sería una injusticia. Pero si cabe alguna distinción, agregá, permítaseme la haga en favor del Sr. General. D. Pedro María Anaya, quien sin embargo de estar quemado del rostro y lastimado de una espinilla, recorría todos los puntos, presentándose en los mayores peligros y reanimándonos con su ejemplo. También recomiendo a V. E. al coronel retirado D. Eleuterio Méndez, quien acreditó su valor y serenidad al frente del peligro; repitiendo que no hago más recomendaciones, porque me sería imposible, puesto que todos han llenado sus deberes con entusiasmo, valor y decisión admirables...¹

Y los autores de los Apuntes, tras de encomiar la meritoria labor de Rincón y de Anaya, dicen: "A la energía y buen comportamiento de estos dignos militares, correspondía la conducta decidida y gloriosa de sus subordinados. Los jefes, los oficiales, los soldados competían en ardimiento, y no desmayaban un punto, aunque bien conocían lo crítico de su posición. Las acciones de denuedo se repetían cada vez que el arroj del enemigo hacía el peligro inminente."²

Los defensores, sin embargo, pronto se vieron en situación desesperante: el parque se agotaba y las armas se inutilizaban.

"Por más de tres horas, dice el parte de Rincón, el fuego fué vivísimo, por cuya causa el armamento padeció mucho, inutilizándose la mayor parte, especialmente el del batallón de Independencia. Los cartuchos de quince adarmes, calibre de nuestros fusiles, se consumieron todos; no había más pie-

¹ Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XXIV, p. 174.

² Apuntes, p. 256. Para conocer detalles de la heroica defensa de Churubusco, véanse los *Apuntes para la Historia de la Guerra*, pp. 246 y sig., y los *Recuerdos de la Invasión Norteamericana 1846-1848*, pp. 351 y sig. de la primera edición y pp. 14 y sig. del Vol. II de la edic. de Agüeros.

dras de chispa que las puestas, pues las de reserva se habían consumido y no quedaban más que unos cuantos cajones de cartuchos de 19 adarmes, que eran inútiles, porque uno que otro fusil había de ese calibre. Dos piezas de artillería se desfogonaron; una se desmontó y para el resto sólo quedaron pocos tiros, pues el parque se había consumido; cuantas personas se habían mandado en busca de parque o no volvían, o avisaban que lo esperásemos, aunque no llegó...¹

Antes de terminar la narración de aquel suceso, es necesario observar respecto de esta parte del oficio de Rincón que o incurrió en un olvido, o no fué bastante explícito; pues al menos una de las veces en que mandó a buscar parque, Santa-Anna le envió un carro con él, y en razón de que muchos de los cartuchos resultaron sin bala, los enemigos del general en jefe encontraron la oportunidad para acusarlo nuevamente de traición, suponiendo que aquel envío había sido intencional. Los autores mismos de los Apuntes rechazan ese cargo, a pesar de su oposición a Santa-Anna, y en seguida exclaman: "Como si el general en jefe hubiera de descender a desempeñar los deberes de un guarda-parque... (pero) no por eso es menos cierto, agregan, que algunos cajones contenían parque de instrucción y que varios soldados, para suplir la bala, buscaban piedras de un tamaño proporcionado."²

Cuando, pues, el parque se agotó y de los defensores habían sucumbido ya 136 y 99 se encontraban heridos, hubo un momento en que se suspendió el fuego. Peñúñuri cargó a la bayoneta, cayendo acribillado a balazos. "El enemigo se sorprendió con aquel silencio repentino que no sabe a qué atribuir, y temeroso de que sea una estratagema de guerra, tarda algunos minutos en decidirse a avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ninguna ofensa. Nuestros soldados, por su parte, llenos de desesperación, descansaban ya en su mayor parte

1 Castillo Negrete, Loc. cit.

2 Apuntes, p. 255.

sobre sus armas descompuestas y ardientes como el fuego vivo que habían despedido..."¹

Los generales ordenaron que las fuerzas se replegaran al interior del convento y fué entonces cuando Peñúñuri intentó su último esfuerzo.

Sin embargo, aquellos valientes no llegaron a enarbolar la bandera blanca pidiendo rendirse. Fué necesario que el capitán Smith, que llegó el primero al parapeto, se diera cuenta de lo que ocurría, y él, no aquellos heroicos guerreros, plantara la bandera blanca. Smith impidió entonces que la soldadesca que tras él llegó, atacara a quienes no tenían ya elementos para la defensa. El General Twiggs, que mandaba la columna de ataque, no pudo menos, cuando a su vez llegó, que arengar a sus tropas encomiando el valor desplegado por sus prisioneros.

En medio de tanta heroicidad, hubo una horrible afrenta, más dolorosa para los defensores de aquel girón del suelo patrio, que su propia derrota: con los asaltantes venía la célebre cuadrilla de foragidos encabezada por aquel Domínguez, que en Puebla se había agregado al ejército de Scott para combatir en *contra-guerrillas* a sus propios hermanos.

¡Con razón el General Anaya, aunque ya prisionero, no vaciló en echar en cara su traición a tan miserable cabecilla!

Aquel día un grupo de dragones americanos llegó hasta la garita de San Antonio Abad, produciendo su presencia un desorden considerable. Bien pronto habían de penetrar a la ciudad.

* *

En circunstancias tan angustiadas, el General Santa-Anna se retiró a Palacio, poseído de una atroz desesperación por los sucesos de la guerra;² — ya al retirarse de Portales había

1 Apuntes, p. 266.

2 Apuntes, p. 260.

Capilla Alfonso
1851 UNIVERSIDAD
V. A. N. I.

dado de latigazos a algunos oficiales que huían¹— y reunidas allí diversas personalidades de importancia así como los Ministros, Santa-Anna les dió cuenta de todos los sucesos de aquel aciago día 20 de agosto. Tras de cambiar impresiones, se juzgó que era indispensable negociar un armisticio, para lo cual podría acudirse a los buenos oficios del Ministro de España, señor Bermúdez de Castro, y del Cónsul de Inglaterra, señor Mac-Kintosh; pero como por su parte las fuerzas de Scott necesitaban reposo, pues no habían sido fáciles las victorias alcanzadas, sino que, por el contrario, ellas habían tenido por precio numerosas vidas, a su vez se encontró en la necesidad de dar alivio a sus fuerzas, y, por su lado, dirigió una nota al Ministro de la Guerra, Alcorta, solicitando una suspensión de armas; nota demasiado significativa, pues en ella no vaciló en decir: “demasiada sangre se ha vertido ya en esta guerra desnaturalizada. . . .”

Nuestro Gobierno designó entonces a los Generales Mora y Villamil y Quijano para que pactaran el armisticio con los comisionados de Scott; la cesación de hostilidades quedó firmada en Tacubaya el día 22, y las primeras pláticas de paz se iniciaron entre el comisionado americano Nicholas P. Trist y los comisionados de México, Generales D. José Joaquín de Herrera e Ignacio Mora y Villamil y Abogados D. José Bernardo Couto y D. Miguel Atristáin.²

¿Cómo se dió cumplimiento a las estipulaciones de aquel armisticio, que tenía por fin principal, según la citada nota de Scott, que las diferencias entre las dos grandes naciones de este continente fueran “amigable y honrosamente arregladas” y “facilitar que las dos repúblicas entraran en negociaciones”?

Desde luego el Ministro de la Guerra, Alcorta, en nota fechada en 22 de septiembre de 1847, duda de las verdaderas in-

¹ Apuntes, p. 247.

² Véanse los detalles *in extenso* acerca de esta negociación en los *Apuntes para la Historia de la Guerra*, en Roa Bárcena, *Recuerdos de la Invasión Norteamericana*, y en mi estudio *México y los Estados Unidos*.

tenciones de Scott, y acusa a los americanos, citando hechos concretos, de haber violado el armisticio.

“Varias y poderosas razones, dice, decidieron al Gobierno a aceptar la suspensión temporal de las armas, y la principal fué la de restablecer la moral y el espíritu público extraordinariamente contristado a consecuencia de los sucesos del 20. Conocía el Gobierno que causas puramente accidentales forzaban al enemigo a solicitar en términos plañideros, una suspensión de armas. Con esta inteligencia fué ajustado el armisticio, aunque por parte del gobierno de la Nación se procedía con la lealtad más completa y con las precauciones debidas. Desgraciadamente la historia de Texas mostraba en cada página que el gabinete del Norte ha sabido emplear su poder para llevar a efecto sus pretensiones; y en esta vez los sucesos han confirmado que el armisticio solamente fué estipulado por el General Scott para dar respiro a su ejército, recoger sus heridos, proporcionarse tranquilamente recursos con qué vivir, y preparar baterías con que renovar sus ataques hacia la ciudad, que todavía conservaba un aspecto imponente.”

Y tras de hacer saber que se cruzaron varias notas con el General en Jefe norteamericano, agrega: “Cuando el Supremo Gobierno acuerde su impresión (de las notas dichas) se impondrá a la república de cuanto es capaz un enemigo que a otro día de haber comprometido su palabra de honor, violó la fe del tratado, consintiendo que oficiales del ejército americano saquearan en Coyoacán la casa del Sr. Cortina Chávez; que sus agentes impidieran a los propietarios de harinas la introducción de ellas en México.¹ y que sus ingenieros construyeran una batería en Tacubaya tras de la finca del Sr. Garay. La Nación sabe que el armisticio fué violado con especiosos pretextos tan luego como se conoció que la resolución del Ge-

¹ Se había estipulado que el ejército americano permitiría el paso de los alimentos necesarios para el consumo de los habitantes de la ciudad y del ejército, siendo esta cláusula recíproca.

bierno no podía ser conforme a las exigencias del invasor..."

Que los americanos violaron el armisticio, no cabe duda; pero en honor de la verdad necesario es decir que si no se llegó a la paz definitiva, se debió al deseo noble pero ilusorio de obtener mayores ventajas de las que era natural esperar de un enemigo que había alcanzado uno tras otro innegables triunfos y que todavía estaba en situación de prolongar la guerra, a pesar de todas las dificultades que ella pudiera acarrearle, con mucha mayor facilidad que nosotros, que habíamos agotado nuestros recursos.

Por otra parte los llamados representantes del pueblo estuvieron en su mayoría lejos de mostrar algo que se asemejara al patriotismo, y los clamores de los que pretendían la guerra a toda costa eran también una traba para que se llegara a un arreglo no favorable para nuestra patria, que ninguno podía serlo, sino lo menos desfavorable posible.

¿Por parte de México no hubo ocasión alguna para decir que hubiera violado el armisticio? También la hubo a causa de que los comisionados de México para arreglar el armisticio no previeron el alcance que podría tener la cláusula que autorizó a los americanos a aprovisionarse en la ciudad.

Hay dos versiones acerca de lo ocurrido, más bien respecto de las causas que acerca de los hechos. Según los autores de los Apuntes, el solo pensamiento de los sucesos todavía frescos, y que se habían desarrollado siete días antes en Churubusco, hizo que cuando varios carros pertenecientes a los invasores — más de cien — penetraron hasta las calles principales de la ciudad para proveerse de dinero y de víveres, el pueblo, irritado al verlos, y sobre todo al verlos escoltados por un piquete de lanceros mexicanos, comenzó a lanzarles piedras con explicable encono y a proferir gritos contra Santa-Anna, pues no pudiendo explicarse en su ignorancia que en virtud de un pacto firmado por los dos contendientes, se permitiera a los americanos entrar a la ciudad, sino apellidando a ese acto una traición, juzgó que el Presidente y Jefe del Ejército

había traicionado. Yo, sin embargo, creo más: los enemigos de Santa-Anna deben haber sido los que, aprovechando la oportunidad, azuzaron a la multitud gritando los primeros que Santa-Anna era traidor; que por desgracia las pasiones políticas siempre hallan coyuntura favorable para desbordarse; y si los enemigos de Santa-Anna no vacilaron en acusarlo ante el Congreso de traidor, provocando nuevos sacudimientos interiores, ¿cómo no habían de haber aprovechado aquella ocasión para inclinar a las masas en contra suya?

La otra versión da como origen el que al pasar una procesión religiosa frente a los carros, los mexicanos se arrodillaron reverentes, en tanto que los americanos contemplaron la escena con gran indiferencia, habiendo sido entonces cuando comenzaron a formarse corrillos que censuraban a los carreros, hasta que algunos muchachos principiaron a tirar piedras contra éstos; y como entonces algunos dijeron que se trataba sólo de una estratagema para tomar la ciudad, con autorización del Gobierno (aquí de nuevo pueden fácilmente ser distinguidos los agitadores políticos), fué cuando el tumulto se generalizó, sin que el Cuartel Maestre Tornel, que fungía como Gobernador del Distrito, hubiera podido calmar a los amotinados, lo que al fin logró el General D. José Joaquín de Herrera, quien hizo ver a las multitudes que no estaba bien que se ensañaran contra aquellos carreros indefensos, de los cuales murieron dos durante el motín.¹

El día 6 de septiembre, precisamente al día siguiente a aquel

¹ Esta versión publicada en forma de *diario* en un calendario de la época, fué re- producido por mi estimable amigo el Sr. D. Nicolás Rangel, en el periódico *Revista de Revistas* (Mayo 24 de 1914) y supuso que la narración había sido hecha por "un soldado mexicano tal vez." Al buscar los datos necesarios para escribir estos apuntes, encontré en la Biblioteca Nacional el relato original; pero no en castellano, sino en inglés, de donde seguramente se hizo más tarde la traducción. Creo que la autenticidad de ese documento es indiscutible, no sólo por el aspecto general de dicho diario, sino porque unos días están escritos con tinta y otros con lápiz lo cual parece indicar que su autor escribió con lo que primero tuvo a la mano. El encabezado de aquel MS. es: "Second Act. Last events in the operations of the army of the United States of the North, in and about the City of Mexico up to the 17th of September 1847."

en que los comisionados habían entregado a Trist su contra-proyecto, negándose a acceder a todas las pretensiones de los Estados Unidos, Scott dirigió una comunicación a Santa-Anna, quejándose de que México había violado el armisticio y manifestando que aun cuando se consideraba en su pleno derecho para romper las hostilidades, sin anunciarlas antes, concedía "el tiempo necesario para una explicación, una satisfacción y una reparación si era posible," pues de lo contrario estimaría roto el armisticio a las doce del día siguiente.

Santa-Anna le contestó el mismo día, rechazando las inculpaciones que se hacían a México, de haber impedido el paso de víveres para las tropas americanas y de haber violado otras prevenciones del convenio; le hizo ver los cargos que México tenía que hacer por su parte a Scott por las violaciones de que era responsable su ejército, y agregaba: "... no había reclamado porque la paz de dos grandes repúblicas no podía hacerse depender de cosas graves en sí mismas, pero que valen poco respecto del resultado en que se interesan todos los amigos de la humanidad y de la felicidad del continente americano."

"No sin dolor y aun indignación, añadía en esa nota Santa-Anna, he recibido comunicaciones de las ciudades y pueblos ocupados por el ejército de V. E. sobre la violación de los templos consagrados al culto de Dios, sobre el robo de los vasos sagrados y profanación de las imágenes que venera el pueblo mexicano. Profundamente me he afectado de las quejas de los padres y esposos sobre la violencia ejercida en sus hijas y esposas; y esas mismas ciudades y pueblos han sido saqueados no solamente con violación del armisticio, sino aun de los de los principios sagrados que proclaman y observan las naciones civilizadas. Silencio había guardado hasta ahora, por no entorpecer una negociación que prestaba esperanzas de terminar una guerra escandalosa, y que V. E. ha caracterizado con el nombre de *desnaturalizada*, tan justamente. Mas no insitiré en ofrecer apologías, porque no se me oculta que la verdadera, la in-

disimulable causa de las amenazas de rompimiento de hostilidades que contiene la nota de V. E. es que no me he prestado a suscribir un tratado que menoscabaría considerablemente no sólo el territorio de la República, sino también esa dignidad y decoro que las naciones defienden a todo trance. Y si estas consideraciones no tienen igual peso en el ánimo de V. E., suya será la responsabilidad ante el mundo, que bien penetra de parte de quién está la moderación y la justicia. Yo me lisonjeo de que V. E. se convencerá en medio de la calma del fundamento de estas razones; mas si por desgracia no se busca sino un pretexto para privar a la primera ciudad del continente americano de un recurso para la parte inerme de la población, de librarse de los horrores de la guerra, no me restará otro medio que repeler la fuerza con la fuerza, la decisión y energía que mis altas obligaciones me prescriben."

La suerte estaba echada sobre la capital de la República; los invasores iban a continuar su obra de exterminio y de muerte, antes de arrebatarnos aquel enorme girón de territorio por cuya posesión no habían vacilado en hacer la guerra a un pueblo que no podría impedir el despojo a causa de su debilidad.

Las naciones del orbe declararían que en efecto se trataba de un despojo; mas ¿qué importa a los poderosos el juicio de los demás, mientras tienen elementos bastantes para mantener por la fuerza sus decisiones?

La campana mayor de nuestra catedral había dejado escuchar, durante el día 7, su voz sonora, como si con ella quisiera llamar a todos los mexicanos para que en un supremo esfuerzo se unieran, olvidando personales rencores, para defenderse del enemigo común.

Como los preparativos de éste habían hecho comprender que

atacaría la capital por el rumbo del Suroeste, Santa-Anna resolvió entablar la lucha en las lomas de Tacubaya, teniendo a su derecha Casa Mata y a la izquierda el Molino del Rey, estando al amparo de Chapultepec y teniendo como terreno apropiado para apostar su caballería la Hacienda de los Morales.

“El general presidente, dice Roa Bárcena, había colocado por sí mismo a los cuerpos de infantería en sus respectivos puntos, y, sin nombrar segundo suyo, se reservó el mando en jefe de la línea que recorrió en la tarde con su estado mayor, siendo objeto de aclamaciones entusiastas. Reputaba muy ventajosas sus posiciones, que amparadas como he dicho por el fuerte de Chapultepec a su izquierda y reforzadas a su derecha por la división de caballería de Alvarez, dominaban por su altura una buena parte del terreno que el enemigo tenía que recorrer para atacarlas; y decididos el caudillo y su gente a una lucha a muerte, esperaban impacientes el avance de su adversario. Pero, agrega, Santa-Anna había desperdiciado en Padierna su última ocasión de dirigir una batalla campal que debiera cubrirle de gloria y salvar a México: y la Providencia le reservaba en vez de lauros, los afanes y angustias del jefe de una plaza extensísima, careciendo de las tropas y artillería necesarias para cubrir todos sus puntos; teniendo que debilitar unos por atender otros en la ignorancia de las verdaderas intenciones del enemigo y perdiéndolos todos por no haber podido aglomerar o no haberse resuelto a concentrar sus fuerzas defensivas en algunos o alguno de los puntos atacados...”¹

Aquellos preparativos que habían merecido generales elogios, destruyólos el mismo Santa-Anna, porque, según refiere en su “detall” de las operaciones de esos días, recibió avisos “de que el enemigo amagaba con fuerzas respetables a este punto (la Candelaria) y fué necesario atenderlo,” para lo cual hizo que la brigada del General Rangel pernoctase en la Ciu-

¹ Roa Bárcena. Op. cit. Vol. II, p. 154.

dadela, el 1er. Regimiento en la Casa Colorada, entre Chapultepec y Belem, y que algunas piezas quitadas de otros puntos reforzaran la Candelaria.

El enemigo, lejos de atacar por este lugar, lo hizo en la madrugada del 8 sobre el Molino del Rey y la Casa Mata, y por medio de una columna como de mil hombres se lanzó sobre la batería del Molino, desde donde el General León los recibió con un fuego nutrido de fusilería.

Sin embargo, como no había ya bastantes fuerzas que cubrieran nuestra línea y la artillería no tenía tampoco fuerza que la sostuviera, los asaltantes lograron llegar hasta la batería y se apoderaron de tres cañones. “En aquellos momentos el Teniente Coronel D. Miguel Echegaray, valiente, patriota, deseoso de distinguirse arenga a sus soldados, los anima, les da ejemplo, y la columna victoriosa con más de ochocientos hombres, se encuentra acometida repentinamente por quinientos de esa buena infantería mexicana, que cuando ha sido conducida al combate por oficiales de pundonor y conciencia militar, ha merecido grandes elogios de los mismos enemigos.

“La columna americana, turbada un momento con este ataque, se retira precipitadamente. El 3.º Ligerero la persigue haciéndole un vivo fuego. Los enemigos abandonan las piezas: nuestros soldados entusiasmados dejan la artillería reconquistada en medio de las lomas y continúan haciendo un estrago horroroso en los asaltantes, y llegan precisamente hasta tiro de fusil de la línea de batalla enemiga.”¹

Nadie en aquellos momentos auxilia a Echegaray, a pesar de que tanto la caballería como las fuerzas al mando del General Simeón Ramírez que cubrían el centro de la línea podían haberlo hecho, y Echegaray entonces tiene que retirarse, no sin llevar consigo las piezas reconquistadas, en medio de extraordinario júbilo compartido por los defensores de Casa Mata que habían podido presenciar la hazaña.

¹ Apuntes, p. 295.